

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

LAS DOS MILICIAS

Lo recordaremos una vez más.

Está puesto el hombre en medio de dos mundos que le convidan cada cual con sus encantos. Lucha por conseguir uno, y pierde los dos; lucha por el otro, y siempre lo alcanza.

¿Cuál es el primero? La ilusión perdida, el desengaño, que el amor de las cosas que pasan sufre, responden unánimes. No es posible estabilidad en la sucesión del tiempo: por eso no es dado al hombre perpetuar sus entusiasmos, y el dulzor de la posesión de las bellezas criadas. Cuando quiere, ya no existe la cosa anhelada; busca lo que en su primera mirada le embelesó, y la mudanza que ahora encuentra le hace despreciar sus mismos sentimientos de simpatía y renuncia á sus pretensiones, y ve la burla que le hacen las cosas de realidad tan inconstante.

¿Quién es el burlado en sus pretensiones de los atractivos de estas criaturas, vestigio del dedo poderoso de un Dios? Es el que sueña con hacer morada en el destierro, y edificar sus palacios sobre la movediza arena como lo advierte Jesucristo: es el hombre que milita por una causa ya perdida en la primera tentativa. ¿Lo diremos más claro? Es el que no busca su propio bien en la fuente de toda bondad. Dios solo puede darnos lo que nos falta y para que á El fuésemos constantemente nos hizo imperfectos.

No milite el cristiano bajo la defensa de la criatura; ésta pasa, y la heredad que se eterniza, no es la del enemigo de nuestras almas: no es el mundo que este enemigo nos promete. Y por dignidad siquiera, y por amor propio, busquemos lo espiritual, aquello que nuestra alma anhela por un instinto divino; lo contrario nunca se consigue, y todos se rinden en la pelea.

Luchar por Dios es luchar en la guerra más noble y con la ventaja de tener siempre segura la victoria, si se lucha hasta el fin: lo dice el mismo Dios que es la verdad por esencia.

Esta es la conquista del segundo mundo á que aludimos al principio. Nace el ave, vuela, puebla los aires, y ha cumplido su destino. Nace el pez, recorre los mares, puebla las aguas, y su destino cumplido agrada á Dios. Nace el animal terrestre, la tierra se enriquece con miles de seres vivientes, y el Criador de todo se complace en sus maravillas. Nacen las plantas, producen los bosques, los campos se visten de caprichosas rosas y flores, y la tierra entona un himno de gloria á su Hacedor. Aparece el hombre; ¿negará su destino?... ¿renunciará á la invitación que le hacen las demás criaturas?...

Este es su deber: reunir las voces de todo lo criado, unir su voz potente al coro de los demás seres, y perpetuar el cántico nuevo que en el principio de la existencia entonó la creación entera.

Suspirar por su Dios; buscar el bien; oír al Espíritu Santo que siempre está llamando á las puertas de su corazón, es el deber del sér inteligente. La lucha más noble, y por consiguiente, la única que merece los esfuerzos más heroicos es ésta.

¿Quién inspira el odio á las tendencias del espíritu? La materialidad, el sér que vé su fin cercano, con envidia muy baja pretende arrebatár la eternidad al espíritu.

¿Y nuestra libertad ha de ser vencida por el bien ficticio? Se diría con razón que las criaturas sin conocimiento eran más libres que nosotros. La pregunta que acabamos de hacernos ha enternecido muchos corazones: no sea el nuestro tan duro que la verdad llena de ternuras no le haga sentir sus nobilísimos encantos.

El mundo de la verdad y del amor sincero y el mundo de Dios es el campo de batalla de los hijos de la sangre de Jesucristo: por ese mundo derraman generosos su sangre los mártires del Cristianismo; por la conquista de este reino divino se fatiga el apóstol cristiano y muere triunfando al pié de una cruz bendita que es la insignia de su milicia. ¡Cuánto hace la verdad!... ¡que valentía no da!.. ¿Y hay hombres que no pertenezcan á esta milicia?.. ¡Ay del mundano! ¡Inútil es que busques lo que no existe fuera de Dios! mira; rasga esa bandera de ignominia y jura de nuevo la de Cristo: es tu obligación.

Cristiano lector; se acerca el tiempo de recordar los misterios de la Cruz: aliviemos á Jesús de sus fatigas en el camino del Calvario, alistándonos en las filas de los soldados que militan por su causa redentora.

FR. W. F. MORO.



La Adoración Perpetua y el Rosario Perpetuo como medio de adoración.

(CONTINUACIÓN)

Parecida á la Adoración Perpetua en su organización y en sus fines es la Asociación del Rosario Perpetuo. Si la Adoración Perpetua tiene por objeto no dejar nunca solo á

nuestro Señor Sacramentado, el Rosario Perpetuo tiene por mira principal hacer continuamente la guardia á María; si los Adoradores piden á todas horas misericordia para los pecadores, los Guardias de Honor interceden día y noche ante el trono de la Madre Dios por todos los que se hallan en pecado mortal y más aún por los que están en la agonía. La idea de pedir por los demás, el deseo de reparar las ofensas ajenas, la unión solidaria é intencional para que nunca falte quien haga esas cosas en nombre de todos se vé en ambas asociaciones. La diferencia principal está en que la Adoración Perpetua se dirige inmediatamente á Jesús Sacramentado; el Rosario Perpetuo más propiamente á María. En el Rosario Perpetuo veinticuatro personas se reparten el día de hora en hora y con treinta y un grupos de veinticuatro personas se tienen llenos los días del mes y conseguido el Rosario Perpetuo. Pero cada asociación suele tener repetidos los coros que integran el mes, asegurando así más la oración perpetua en el mundo.

Los religiosos Dominicos tienen la idiosincracia, por decirlo así, de arreglar todas las cosas con el Rosario. Hay que confesar que las cosas les salen bastante bien para confirmarlos en sus ideas. Desde el año 1858 data el Rosario Perpetuo en esta forma de hora al mes y el éxito ha sido tan grande y la difusión tan extraordinaria que pocas asociaciones habrán cobrado tantos bríos en tan poco tiempo. En Francia, en España, en Bélgica, en la América española tan grande ha sido la aceptación que hubo Director como el P. Enrique M.^a Iweins que inscribió por sí mismo más de *ciento cincuenta mil personas*. Noventa y tres mil lleva ya inscritos el P. C. Becchi, Director de la Asociación en Italia, y así en proporción otros.

Si los Padres Dominicos lo arreglan todo con el Rosario y á todo aplican esta devoción mariana, no habían de dejar de aplicarla á la Adoración Perpetua. Y en efecto; el Rosario entero rezado á coros es la forma de adoración pública preferida por los Dominicos. El acto resulta hermoso, solemne, verdaderamente popular. No es una adoración pública que apenas se vé ni se oye, sino un coro numeroso cuyos ecos enfervorizan á los asistentes y nos hacen recordar que Dios

está en medio de nosotros. Ni hemos de decir que introducimos un elemento extraño en la devoción al Santísimo Sacramento, pues la meditación de los misterios del Rosario es la más apropósito para entender el amor que Dios nos tiene en el Sagrario y el camino más breve y más seguro para llegar á Jesús es ir por María según la profunda doctrina del B. Grignón de Montfort, Terciario dominico y gran apóstol de la devoción del Rosario y del amor al Santísimo Sacramento.

Los Dominicos son los apóstoles natos del Rosario. Esto nadie lo niega ni lo ignora. La que ya no es tan conocida es la influencia que han tenido en todo lo que se refiere al Santísimo Sacramento. Y sin embargo ellos han tenido gran parte en la fundación de la fiesta del Corpus; ellos han fundado la Cofradía Sacramental para atender al culto y acompañamiento del Santísimo; ellos han introducido la costumbre de las Minervas; en su Orden hubo un San Juan de Colonia que murió por defender la presencia real. Y no sería tarea corta si quisiéramos decir algo de la influencia doctrinal de los Dominicos en esta materia; bastaría el Oficio del *Corpus*, obra de Santo Tomás de Aquino, en la cual cada palabra descubre un mundo de ideas y en la cual se han inspirado todos los que después han escrito de tan augusto Misterio.

En estos tiempos el Rosario tomó en sus manos la forma preferente de Rosario Perpetuo; no podía menos de hallar también eco entre ellos la devoción eucarística en su forma de Adoración Perpetua. Y como para ellos el Rosario se presta á todo, veremos al Rosario Perpetuo convertirse en medio natural y adecuado de Adoración Perpetua. La idea de adorar á Jesús Sacramentado y de reparar los ultrajes que se le hacen, se entrelaza con la intención de honrar á María y de ponerla por medianera entre Dios y los hombres y considerarla como reparadora del género humano. Estas dos ideas, estas dos simultáneas intenciones no se excluyen sino que se ayudan y una vez más la devoción á la Virgen es puerta de entrada al mayor amor de Dios.



Entre las instituciones modernas dedicadas á la adoración del Santísimo Sacramento son sin duda las más hermosas y perfectas esas comunidades de Vírgenes, cuya principal ocupación es hacer continuamente la guardia á Jesús Sacramentado. Verdaderamente que esto es ideal y sin disputa lo más parecido á la vida del cielo. En las capillas de esas religiosas se conforta uno pareciéndole que Dios está dignamente adorado y en un oratorio de Reparadoras, por ejemplo, se cree el visitante más en presencia del Señor Todopoderoso. La piedad cristiana siempre nueva, siempre original, siempre fecunda, quiso reservarnos para estos tiempos lo más precioso. Por algo dijo Santa Gertrudis que el Corazón de Jesús guardaba para los tiempos novísimos grandes y ocultos tesoros. Esto de adorar á Dios siempre, que antes era sólo ensueño de almas escogidas, es ahora realidad consoladora y práctica entendida por todas las almas devotas. Gracias á esos Institutos modernos que tan bien cumplen y tan popular hacen esa misión.

La Orden de Predicadores no dejó de tomar parte en este movimiento. La Tercera Orden de Santo Domingo ofrece la particularidad de haber producido en nuestros días ramas acomodadas á todas las necesidades y aspiraciones de estos tiempos. Y la Adoración Perpetua, gran devoción de nuestra época, no había de quedar olvidada cuando para todas las necesidades espirituales y temporales nacían nuevas Congregaciones á la sombra y bajo la bandera del gran Patriarca de Caleruega.

Así fué en efecto y la Tercera Orden regular dominicana tiene una Congregación dedicada á la adoración continua del Santísimo expuesto. Pero aquí se cumple una vez más el lema dominicano. La forma de adoración usada por estas nuevas Vírgenes es la recitación del Santísimo Rosario. La Adoración perpetua por medio del Rosario ó el Rosario Perpetuo Adorador; hé ahí la característica de las *Dominicas del Rosario Perpetuo*. No puede negarse que la idea es santa, ingeniosa, llamada á propagarse. Nació en la católica Bélgica en 1883; es evidentemente una floración de la Asociación del Rosario Perpetuo-Guardia de Honor de María. Aunque esta Asociación no hubiera producido más que esa

flor, habría motivos para estimarla, porque un Instituto más adorando á Dios continuamente pesa mucho en la economía de la Providencia divina y en los planes de la salvación del mundo. En el tribunal de Dios, en el balance de las maldades humanas ¡cuánto valdrán las oraciones de esos ángeles! Díganle los diez justos que hubieran salvado las ciudades pecadoras.

Ya se vé cual es la tarea principal de estas religiosas. Da el reloj las doce de la noche y dos inocentes hijas de Santo Domingo con gravedad, con modestia, con devoción se arrodillan delante del Señor expuesto y comienzan alternando el Santo Rosario y en sus labios resuenan las dulces melodias de la Salutación Angélica. Allí piden por todos los pecadores, por todos los moribundos, por todas las almas que expían en el Purgatorio. Ninguna necesidad olvidan, para todos imploran la misericordia de Dios y la poderosa intercesión de María. Va pasando la hora; una celadora avisa á tiempo á las que han de hacer la hora siguiente y cinco minutos antes de la una la campana de la casa dá la señal de relevo. Así con orden y puntualidad se van sucediendo los turnos. Y huelga decir que á determinadas horas no son dos, sino todas las que vienen á adorar al Esposo de las almas puras.

Esta Institución que resume en sí el ideal de la Adoración Perpetua y del Rosario Perpetuo ha sido aprobada y bendecida por León XIII el 6 de Octubre de 1897. Tienen seis casas; dos en Bélgica y cuatro en Estados Unidos.

Pero en la Orden de Santo Domingo todos deben ser adoradores y todos devotos del Rosario. Cada uno en medio de sus ocupaciones debe de reservar una parte de tiempo para el Sagrario y para María. Por este motivo el Reverendísimo Padre Frühwirth quiso agrupar á todas las religiosas de la Orden y hacer de ellas una corte perpetua de adoración y reparación. Al efecto dirigió en 1895 una circular á todas las casas de religiosas dominicas invitándolas á elegir un día del año para dedicarle á la adoración del Santísimo. Todas las casas contestaron adhiriéndose y así tocaron varias á cada día del año. Por este camino las hijas de Santo Domingo esparcidas por las cinco partes del mundo cumplen los

santos deseos de su querúbico Patriarca y forman por sí solas una guardia continua de honor á Jesús Sacramentado. Y, como son dominicas, no podía faltar el Rosario; la principal parte de cada hora de vela la pasan en rezarlo entero. Hallamos así la Adoración Perpetua y el Rosario Perpetuo, respondiendo cada casa de un solo día al año. Pero la asociación es mundial y la solidaridad por lo mismo más admirable.

El fin principal de esta liga es más bien doméstico; la intención que más domina en ella, es la de pedir por nuestras necesidades, por nuestros Noviciados, por nuestras Misiones, por nuestros apóstoles.....

FR. E. COLUNGA, O. P.

(Concluirá).



CASTIGO DE UN BLASFEMO

Aquel hombre no era hombre, sino un demonio frenético y su boca parecía un respiradero del infierno, abierto siempre para vomitar blasfemias é insultos contra Dios y sus Santos y contra todo lo más puro y sagrado de nuestra Religión. Los sencillos habitantes del pueblo, cristianos viejos y católicos á las derechas, como lo son, ó lo eran entonces, todos los Montañeses, estaban consternados desde la llegada de aquel demonio de mozo que había de atraer la ira divina sobre el pueblo. Porque allí habría miserias como en todas partes, había quienes echaban los *ajos* por ristras y no faltaban algunos que soltaban de vez en cuando palabras gordas que allí designan con el expresivo nombre de *bocachadas*; pero blasfemias..., jamás se había oído una en el lugar; poner la lengua en el Santo Nombre de Dios para blasfemarle... ¡qué barbaridad! Y aquellas buenas gentes se santiguaban de prisa, dando muestras del mayor espanto. Sobre todo las mujeres y los chicos quedaban helados de terror cuando rete-

ñían en sus oídos las inmundas blasfemias que profería aquel malvado y huían de él haciendo cruces, cual si temieran que les alcanzase el rayo que debía carbonizar al blasfemo. Y entonces precisamente era cuando el maldito las soltaba más horribles, riéndose á carcajadas del espanto de aquellas piadosas gentes.

La culpa de todo, según aquellos aldeanos, la tenía el señorón de allá arriba, el que había venido con el diputado y con otros señorones de la ciudad á ver el manantial de aguas minerales, y después había levantado allí un palacio, para sacar los cuartos á los pobres que durante el verano iban á tomar aquellas aguas. El fué el que trajo al pueblo á aquel mozón, que sabe Dios de donde sería, y le había encargado de trasportar á los bañistas en una tartanilla desde la próxima estación del ferrocarril al balneario. Pero Dios se lo tomaría en cuenta y se las ajustaría también á aquel *Boceras* (así le apodaron desde un principio, porque además de ser feo, tenía unos hocicos como un perro de presa) y milagro sería que Dios no castigase también al pueblo con alguna pedriscada, por no echar de allí á aquellos forasteros, que no podían ser más que judíos ó masones.

Entre tanto el *Boceras* campaba en el pueblo, siendo como queda dicho, el terror de las mujeres y hasta de los mozos y de los tíos, por su boca de infierno y porque sabían que entre la faja llevaba siempre una faca de medio metro. No siempre, sin embargo, le resultaban sus desplantes de bravucón, pues más de una vez se vió en peligro de ser abofeteado por la mano pesada de algún mocetón, sobre todo en cierta ocasión en que se permitió faltar al respeto al Sr. Cura, que con apostólica entereza le reprendió como merecía. Pero entonces era cuando el valentón replegaba velas y se batía en retirada, contestando en términos parecidos: «¿Y á ustedes qué les importa que yo diga lo que me venga en gana? Al fin y al cabo cada uno tiene sus faltas y yo tengo esta perra costumbre de soltar sapos y culebras cuando estas condenadas mulas no quieren tirar del carro, ó el mal estado de los caminos me irritan el genio. Con que cada uno á lo suyo y Cristo con todos...»

Pero un día el escándalo pasó todos los límites y Dios, que

sin duda estaba ya cansado de tolerar á aquel vil deslenguado, quiso poner término á sus desplantes para escarmiento de impíos atrevidos. Era un día festivo, apesar de lo cual atravesaba el blasfemo la calle principal del pueblo guiando las mulas que pesadamente arrastraban un carro cargado de arena. Sobre una de las varas iba sentado el carretero, silvando y voceando con la desenvoltura del que no tiene vergüenza ni temor de Dios. Al mismo tiempo se formaban junto á la Escuela los niños, para ir al Rosario presididos por el Sr. Maestro. Desfilaban estos en dos hileras, graves, devotos, entonando unos versos que decían así:

Venturoso mil veces
quien desde niño
llevaré el yugo suave
de Jesucristo.

Jesucristo es camino
tan cierto y firme,
que no pueden perderse
los que le siguen.

Los que siguen á Cristo
suben al cielo;
los que siguen al mundo
van al infierno.....

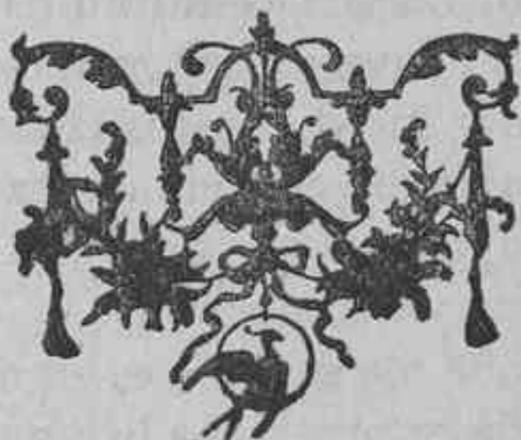
A este punto pasaban el carro y carretero por delante de los primeros chicos, y como si al malvado le acometiera un vértigo ó un demonio del infierno le hubiese pinchado con un hierro candente, soltó con todos sus pulmones y entre dos latigazos á las mulas dos blasfemias de las más horribles é inmundas de su repertorio.

Cesaron de repente los cánticos; los niños pálidos, temblorosos, quedáronse parados como estatuas del terror; el buen Maestro, ardiendo en santa indignación, recogió debajo del brazo izquierdo su larga capa de paño de Astudillo y se disponía á imponer al blasfemo un correctivo práctico y eficaz. Una mujeruca que á la puerta de casa se ponía el *regociño* (mantilla de estameña) sobre la cabeza lanzó entre rayos de ira que le salían por los ojos, esta imprecación: «¡Maldígate Dios, *indino*, y te arranque esa lengua de condenado!» Parece que la maldición de la vieja fué un conjuro que

hizo brotar el rayo vengador, porque en aquel mismo instante tropezó una rueda del carro contra un pedrusco del camino y el carretero, perdiendo el equilibrio por la violencia de la sacudida, cayó de espaldas entre las varas del carromato y las patas de la mula. Un nuevo tirón de ésta venció el obstáculo y sin que nadie pudiera evitarlo, porque fué cosa de un instante, ambas ruedas pasaron por encima del carretero. Un grito de horror escapóse de todos los pechos, y muchas manos á un tiempo acudieron á socorrer al blasfemo; pero no había ya lugar para el socorro. Una rueda le partió ambas piernas por junto á los tobillos y la otra, que le cogió la cabeza, le trituró las mandíbulas y le aplastó la boca y la lengua, aquella lengua y aquella boca que poco antes blasfemaban contra Dios.

Ningún auxilio de la Religión pudo aplicársele, porque la muerte fué instantánea. Su cuerpo fué sepultado como el de un perro á la parte de afuera de las tapias del camposanto, en un cuchitril de adobes que para él se hizo, porque en aquel pueblo todos hasta entonces morían como cristianos y por eso no había cementerio para los impenitentes. En el lugar en que Dios le mató nadie pensó en levantar la cruz bendita que recordara su memoria á las oraciones de los fieles. Le había matado Dios, decían los que lo recordaban, y lo que Dios hace bien hecho está.

FR. J. PRIETO.





AMORES DEL CLAUSTRO

Confortadme con aromas
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos
y muero de enamorada!

¡Ay amor! ¡amor divino!
en tu amor todo me inflama,
á tu amor todo me incita
y de tu amor todo me habla.

Amor me dice el susurro
del céfiro cuando pasa
por el jardín del convento
murmurando entre las plantas.

Amor me dice el sonido
de la vibrante campana
que en la torre de la Iglesia
cántigas nocturnas canta.

Amor, amor, me repite
con dulce suspiro el aura,
cuando juguetona mueve
de mi celda la ventana.

Amor me dicen las aves
que al sol cantan la alborada,
y amor las que en noche oscura
medrosas silban y graznan.

Amor me dice la fuente
con sus murmurantes aguas,
y amor las flores del huerto
con su esquisita fragancia.

Amor me dicen los trinos
del ruiseñor cuando canta,
dando al aire sus querellas
celosas y enamoradas.

Amor me dicen los vientos,
cuando enfurecidos braman,
tronchando pinos del bosque
en las agrestes montañas.

Amor me dicen los truenos
de la espantosa borrasca,

y amor la abundante lluvia.
que la tormenta descarga.

Amor me dice la luna,
cuando en la noche callada
sobre la dormida tierra
su pálida luz derrama.

Amor me dice el silencio.
de esta mansión retirada
con el rumor misterioso
de las nocturnas plegarias.

Amor me dicen los claustros,
amor los tránsitos claman,
y amor repiten los ecos
de mi celda solitaria.

Amor me dicen las rejas,
amor el coro me canta,
y amor me grita el Sagrario
de mi amor cárcel sagrada.

¡Ay, Prisionero divino!
dime si mi amor te agrada,
que es para mí el no saberlo
muerte cruel é inhumana.

Pero no; ¡no me lo digas!
que me matan tus palabras,
si dices que sí, de gozo;
si que no, de pena amarga.

Si callas, muero de angustia;
de dicha ó dolor, si me hablas;
muero de todas maneras
y tus amores me matan.

¡Ay amor!; ¡amor divino!
enciéndeme más y acaba
de matarme y derretirme
poniendo fin á mis ansias.

Confortadme con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos
y muero de enamorada.

¡Ay amor!, ¡amor divino!
hoy tus amores me matan!,
mi corazón desfallece
y muero de enamorada.



La caridad cristiana

¡Qué hermosa y sublime es la caridad! Ella vivifica la fe, alienta la esperanza y hace revivir todas las demás virtudes; ella eleva al hombre sobre sí mismo, sobre los ángeles, y sobre todas las criaturas, haciéndole hijo de Dios y heredero de su reino; ella es, según el Apóstol, dulce, sufrida, bienhechora; no tiene envidia, no obra precipitada, ni temerariamente, no se ensoberbece, no ambiciona, no busca su interés, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, sino que se complace en la verdad; á todo se acomoda, todo lo espera, todo lo soporta, á fin de ganar para Dios todos los hombres; ella sin cesar multiplica y transforma obras, según las mil variadas formas en que se presenta la desgracia, extendiendo sus alas protectoras allí donde terminan los deberes de la justicia; ella asiste al enfermo, socorre al hambriento, consuela al triste, recoge al huérfano, ofrece un asilo al anciano, enseña al ignorante; ella, en una palabra, remedia y alivia todos los males, haciendo llevadera la suerte de los pobres.

Mas á pesar de ser tan necesaria la caridad, la sociedad antigua apenas la conoció, y es que su constitución social era un monumento levantado al despotismo, ó por mejor decir, la realización de aquella frase que el poeta Lucano pone en boca de César: *Humanum paucis vivit genus*, el género humano existe para provecho de unos pocos. La sociedad greco-romana, modelo de cultura antigua, levantó grandiosos monumentos al orgullo, á los héroes, y á todos los dioses del Olimpo, pero jamás levantó un hospital ni un asilo en favor del pobre y desvalido, y es que, el egoísmo pagano había llegado á extinguir en los corazones todo sentimiento de humanidad para con los pobres, por lo cual exclama un poeta: «Mal hace el que dá de comer ó de beber á un mendigo, pues él pierde lo que dá, y al otro, alargándole la vida, le hace sentir más las miserias de ella».

Para cerciorarse de ello, basta recordar la crueldad de sus leyes, que ordenaban dar muerte á los niños que nacían contrahechos y débiles, lo mismo que al enfermo y anciano, porque la sociedad no debía conservar la vida de aquellos que no tenían probabilidades de adquirir vigor ó de recobrar todas sus fuerzas. «Antes de Jesucristo, dice un escritor: los extranjeros, los prisioneros, los vencidos, los esclavos, los enfermos, los deudores, los pobres, los niños, ancianos y mujeres, los obreros, en fin, todo lo que era débil, todo lo que sufría, todo lo que trabajaba, todas las dolencias, todas las miserias humanas, todo era aborrecido, escarnecido y hollado».

La caridad, pues, antes que fuera instituida la sociedad cristiana, sólo la vemos practicada en el pueblo judío, y aún allí muy imperfectamente, pues si bien es cierto que su organización social, además del año jubilar, que restablecía una especie de igualdad entre las fortunas cada cincuenta años, reglamentaba los salarios, fijaba los deberes de los que empleaban jornaleros, y procuraba por todos los medios prevenir la miseria y mendicidad, sin embargo hay una gran diferencia entre la caridad judía y la caridad cristiana; la beneficencia judía era muy limitada; para el judío no había más hermano que el hombre de la misma raza, y sobre todo, el de la misma ciudad; pero el cristiano no hace diferencia alguna entre el compatriota y el extranjero, el hermano para él es el hombre, sea cual fuere, y una de las máximas de la caridad cristiana es hacerse «todo para todos».

La verdadera caridad apareció con Jesucristo, el cual pasó toda su vida enseñándola con la palabra y con el ejemplo. Preguntado un día Jesús por un doctor de la Ley, cuál era el mayor mandamiento, respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el mayor y primer mandamiento; y el segundo es semejante al primero: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo». Para los pobres fueron siempre las palabras de consuelo, las ternuras de su corazón, mientras que para los ricos, sólo tuvo severidad, reprensiones y amenazas. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos», son las primeras palabras que brotan de los labios del

divino Maestro en el sermón de la montaña. Por el contrario: «¡Desgraciados de vosotros ricos, porque tenéis el consuelo en este mundo! ¡Desgraciados vosotros que estáis hartos hoy, porque algún día tendréis hambre! ¡Desgraciados vosotros que reís, porque después habréis de gemir y de llorar». Y no contento con haber enseñado con la palabra y con el ejemplo, que la pobreza no es una infamia, ni siquiera un mal, hizo suya la causa de los pobres, cuando dijo: «Lo que hiciéreis á uno de mis más pobrecitos hermanos, á mí lo hicisteis».

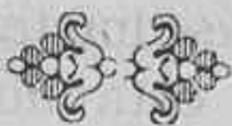
Sus discípulos siguen fielmente sus divinas pisadas: «Ante todo, tened mutuamente continua caridad entre vosotros, dice S. Pedro á los fieles, porque la caridad encubre la muchedumbre de pecados». San Pablo, el predicador del Evangelio, á quien escucha atento y silencioso el Areopago de Atenas, hace repetidas exhortaciones á la caridad. «La caridad fraternal, dice á los hebreos, permanezca entre vosotros; y no olvidéis la hospitalidad. Acordaos de los presos, como si lo estuviérais junto con ellos, y de los que padecen, como que también vosotros moráis en su cuerpo»; y á los corintios les dice: «Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres, y el lenguaje de los mismos ángeles, si no tuviese caridad, vengo á ser como un metal que suena ó una campana que retiñe. Y aun cuando tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la virtud de hacer milagros, de manera que resucitase los muertos y trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad no soy nada»; la cual caridad hace extensiva á los mismos enemigos. «Benedicid á los que os persiguen», dice á los romanos, «á ninguno devolváis mal por mal»; «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber».

¿Y qué diremos de S. Juan, el llamado por antonomasia el apóstol de la caridad? A cada paso la recomienda en sus cartas: «El que tiene riquezas de este mundo, dice, y viendo á su hermano en necesidad, cerrare sus entrañas para socorrerle, ¿cómo es posible que esté en él la caridad de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad». En sus últimos años, cuando ya no

podía ir por sí á la iglesia, hacía que le llevasen y sólo predicaba sobre estas palabras: «Hijos míos, amaos unos á otros»; y cuenta S. Jerónimo, que preguntado un día, por qué les repetía siempre lo mismo, respondió: «Porque es mandamiento del Señor, y si lo cumplís, él solo basta».

(Se continuará).

FR. M. CORDERO, O. P.



MISCELANEA

La educación en el templo — Con verdadero placer copiamos de la excelente revista *La Corona de María*, que publican los Dominicos de Quito, lo que sigue:

«Es doloroso que entre personas de sociedad la cortesía tenga el primer puesto para todo, menos en el templo.

No será malo recordar algunos artículos principales relativos á la manera de conducirse en la iglesia.

1.º Entrando en la iglesia, tomar el agua bendita y hacer con *devoción* la señal de la Cruz.

2.º Que los hombres se quiten el sombrero en la puerta y no esperen estar ya adentro para quitárselo; que busquen sitio á propósito para rezar y no para observar.

3.º Que las mujeres vayan á la iglesia modestamente vestidas. El templo no es un teatro ni un salón de baile; las modas profanas son un insulto á Dios, y más grave aún si se las introduce en su propia casa.

4.º Las mujeres no se acerquen á los Santos Sacramentos con la cabeza descubierta; es necesario el velo ó la mantilla para la iglesia.

5.º Entrando en la iglesia, hacer inmediatamente la genuflexión hacia el altar donde esté el Sacramento, pues no en todas las iglesias está en el altar mayor; la lámpara indica dónde reside el Señor.

6.º En la Iglesia no se saluda á los amigos, ni se da la mano, ni se hacen presentaciones.

7.º En la Iglesia dónde está expuesto el Santísimo Sacramento, se hace la genuflexión con las dos rodillas.

8.º Cuando se entra en la Iglesia estando alzando, dando la bendición con el Santísimo ó dando la Sagrada Comunión, se arrodilla uno y se espera hasta que se termine para tomar sitio.

9.º Si es posible, debe estarse siempre de rodillas estando expuesto el Santísimo Sacramento. En la Misa debe estarse de rodillas desde el *Sanctus* hasta la Comunión del sacerdote. Parece imposible que estando Jesús en el altar, apenas han alzado, los fieles se levanten y se sienten cómodamente y con gran ruido. ¿No es precisamente aquel solemne momento cuando viene Jesús á nosotros? Entonces es la ocasión de adorarle de rodillas, darle gracias, pedirle perdón y obtener de El beneficios.

10. Cuando está expuesto Jesús Sacramentado, no debe rezarse más que á Dios; es falta de fe rezar de rodillas delante de las imágenes de los Santos durante la Exposición de S. D. M. Al entrar en la iglesia no debemos hacer la genuflexión delante de los Santos y dejar para lo último el altar del Sacramento, al contrario, al pasar primero por delante de los altares de los Santos y aun de la Santísima Virgen, se hace sólo una devota inclinación. La genuflexión tiene que hacerse delante de Dios, presente en la Eucaristía.

11. La Misa oídla, por caridad, con la mayor atención y devoción; muchos, los domingos, llevan á la Iglesia su persona y su traje, pero no su corazón. ¡Qué desgraciados son! Pero ¡ay de los que van á la Iglesia con fines indignos! Algún día sabrán la grave ofensa que han hecho á Dios profanando su santo templo.

12. Se está en pié durante el Evangelio para demostrar nuestra reverencia y que estamos prontos á seguir las enseñanzas que Cristo nos ha dejado.

13. Estar con el mayor respeto en la casa de Dios. Si un gran personaje os admite á su presencia, ¿no os presentaréis con gran compostura?

14. Hablar, escupir, distraer á los demás es falta de educación primero, y de fe después para el lugar santo.

Recordad que dice Jesús en el Evangelio: *Mi casa es casa de oración*. Recordarlo, pues, y no trate ninguno de cambiarla en casa de disipación, recreo y profanación.

¡Cristianos, sed cristianos!»

Dos asnos —Habiendo entrado en cierta ocasión el impío Federico II de Prusia con su hermano Enrique en un convento de Padres franciscanos de Silesia, antes de despedirse de la comunidad, preguntó al Padre Guardián, si tenía alguna gracia que pedirle.

—Si señor,—respondió el religioso; ruego á Vuestra Majestad que me permita recibir dos novicios cada año, á pesar de que la ley lo prohíbe.

—Os lo concedo, respondió el soberano, desde luego, más por esta primera vez, quiero yo mismo mandaros los dos novicios que deseáis admitir.

Y, volviéndose entonces á su hermano, le dijo en francés, creyendo que el religioso no lo entendía: «Le mandaré dos asnos á este inocente».

Pero el Guardián, que había entendido perfectamente lo que dijo el Monarca, añadió:

«Puesto que Vuestra Majestad ha sido tan generoso, me atrevo á pedirle otra gracia; y es que me permita poner á los novicios que ha de mandarme, al uno el nombre de Su Majestad, y al otro el de su real hermano.»

El rey no contestó; y cuando estuvieron fuera del convento, dijo á Enrique: «Fuimos por lana y hemos salido trasquilados».

Tratamiento de los sabañones.—Se puede evitar esta molesta enfermedad, frotando las partes en que suele aparecer con aguardiente alcanforado, agua de colonia ó alcohol puro. También se pueden prevenir, sumergiendo varias veces las partes enfermas ó que manifiesten algún síntoma precursor, en agua fría á 10 ó 15 grados centígrados. Si apesar de todo salen sabañones, se curan lavándolos con agua caliente y untándolos enseguida con la siguiente pomada: alcanfor 5 grs., alcohol 12, glicerina 20; ó con esta otra: bórax 1 gramo, lanolina 4. Si llegan á ulcerarse, hay

que lavarlos con un líquido antiséptico (solución de bicloruro de mercurio al uno por mil) y se aplica después la siguiente pomada: manteca de cerdo 30 gramos, solución de subacetato de plomo 8 gotas, creosota 8 id., láudano de Sydenham 10 id.; ó esta otra: unguento de Hebra 50 gramos, glicerina 10, ácido fénico líquido 1'4. También pueden curarse los sabañones, sin necesidad de pomadas, sumergiéndolos, al ir á la cama, primero en agua muy caliente y enseguida en agua muy fría; después se secan con una toalla, se espolvorean con almidón ó polvos de arroz y se envuelven con un lienzo. Hay quien asegura que los sabañones no resisten cuatro de estos baños sin curarse.

Pasarse de listo.—La siguiente anécdota prueba que una estratagema puede costar cara al hombre que se pasa de listo y que hay más riesgo en ser pillo que en ser hombre honrado.

El lance, ocurrió en el mercado de Nueva York, en 1820, época en que la sociedad agrícola tenía un pesador oficial en los mercados, para impedir que se defraudase al público en el peso de los comestibles.

Cierta mañana fué al mercado un mantequero de aspecto honrado, pero algo judaico en sus procedimientos, pues tenía fama de meter gato por liebre, cuando se le presentaba ocasión propicia ó comprador pazguato. Andaba á la sazón algo escasa la mantequilla y costaba dos chelines y nueve peniques la libra y aún á ese precio se la disputaba la gente, lo cual indujo al mantequero á estafar en el peso de cada paquete de á libra.

De improviso aparecióse el pesador y se dispuso á pesar la mantequilla. Mientras preparaba la romana, el mantequero, para no ser descubierto, logró introducir en el rollo de mantequilla que estaba encima, sin que el pesador lo viese, una moneda de oro, ó sea una libra esterlina, y cuando el pesador puso el rollo en el platillo vió que el peso era exacto y ya no pesó más rollos.

Mientras guardaba la romana, acercóse al mantequero un cuáquero, hombre de costumbres severas como todos los de su secta, el cual desde alguna distancia había visto la tri-

quiñuela de aquél, y le preguntó cuánto valía uno de aquellos rollos de mantequilla.

—Tres chelines—dijo el mantequero.

—Pues tomo ese de arriba—dijo el cuáquero.

—Este lo tengo yo vendido á un amigo, repuso el mercader.

—No hay tal, dijo el cuáquero.—Si todos tus rollos son iguales en calidad y en peso, puedes darle á tu amigo otro cualquiera.—Y apeló al pesador para que decidiese la cuestión.

—Si el mantequero no ha hecho salvedad en el precio de los rollos—dijo el pesador—puede usted escoger el rollo que quiera.

El cuáquero cogió el rollo que tenía dentro la libra esterlina, pagó sus tres chelines y al marcharse dijo al mantequero:

—Hermano, te has pasado de listo.



SECCIÓN DE NOTICIAS

De Roma.—La excomunión Cogentes.—Creemos muy conveniente decir algo á nuestros lectores sobre las últimas declaraciones de Pío X, acerca de esta excomunión, porque vemos desaparecer del pueblo cristiano esa bendita y sagrada veneración que en otros tiempos se tenía á los clérigos, y á todas las personas consagradas á Dios. Antes de ahora quedaban excomulgados, *ipso facto*, con excomunión reservada especialísimamente al Papa, todos los que, en virtud de su autoridad obligasen á los jueces seculares á que hiciesen comparecer en sus tribunales á las personas eclesiásticas, á no haber concesión del Papa. Este era el alcance de la excomunión de Pío IX, según todos los moralistas. La excomunión sólo alcanzaba á los que *en virtud de su autoridad* hicieran comparecer á los clérigos en tribunales seculares. Pero ahora la excomunión alcanza á más; pues alcanza también á los fieles que, enredados en pleito ó en juicio con un clérigo, lleven la causa á los tribunales seculares, sin permiso del Papa ó del Obispo. Decimos esto, llamando sobre el particular la atención de nuestros lectores, para que vean cuán grave es tener en poco y faltar al respeto á los ministros de

Dios, cuando nuestra Santa Madre la Iglesia castiga con una pena tan grande como es la excomunión *speciali modo* reservada al Papa. Los padres deben, pues, en conciencia, enseñar á sus hijos á que tengan este respeto; y no como muchas criaturitas que, no pasan de *mocosillos*, y siempre están insultando á los curas y á los frailes, por donde quiera que los vean pasar. Por ese camino aprenden grandes cosas, á robar en las iglesias, como tres chiquillos que se han cogido en nuestra iglesia de Salamanca el día de Reyes, y cuyos nombres ocultamos esta vez, por respeto á sus honradas familias.

Más santos.—Entre los varios Decretos para beatificaciones y canonizaciones, merece figurar el de la V. Sierva de Dios, Luisa de Marillao, viuda de Le Gras, que juntamente con San Vicente de Paul echó los fundamentos de la Congregación de las Hijas de la Caridad. Luisa nació en París el año 1591. Casada con Antonio Le Gras tuvo un hijo. Murió su esposo á los dos años, y entonces ella se dedicó de lleno á las obras de caridad cristiana, teniendo por director y compañero á San Vicente de Paul, y siendo ambos Confundadores de esa benéfica y meritísima Congregación que cuenta hoy más de treinta y cinco mil *Hijas de la Caridad*, nueva rama verdaderamente frondosa del árbol santo de la Iglesia de Jesucristo.

De España.—La Acción Católica de la diócesis de Madrid-Alcalá ha celebrado su 4.^a Asamblea los días 28, 29 y 30 del último Diciembre, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Obispo D. Salvador y Barrera. Es el apostolado cuya necesidad más se vá sintiendo hoy día el apostolado de la acción social. La Iglesia, que siempre se ha distinguido por su amor, y su abnegación, y sus sacrificios en favor de la sociedad, y principalmente en favor del pobre y desvalido, trata en estos tiempos de enjugar las lágrimas de todos los que lloran por falta de pan, bien para la inteligencia, bien para el cuerpo, por medio de la acción social, donde trabaja con verdadero celo cristiano tanto el clero secular como el regular, bajo la dirección de sus Superiores. Véanse los puntos principales tratados en esta Asamblea de que venimos hablando. 1.^o *La Semana parroquial*. 2.^o *La acción social parroquial*, y algunos otros. ¿No es muy simpático y dulce al corazón ver al clero llevando las avanzadas en esta guerra contra los males de la sociedad, acudiendo á todos los medios que le inspiran su inteligencia y su caridad cristianas?

De Cangas de Tineo.—Según noticias que hemos recibido, los Dominicos de Corías (Asturias), van á dar conferencias sociales á la villa de Cangas, distante un par de kilómetros del Colegio, poco más ó menos, y han fundado Centros católicos de obreros que van

dando ópimos frutos. Nos felicitamos de la labor de nuestros Padres, y, si algo vale nuestra voz, les envíamos una palabra de aliento.

Honor á los calarogenses.—En Caleruega (Burgos) se ha levantado un artístico y precioso monumento á la memoria del preclaro hijo de aquel pueblo, Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores y del Rosario, y una de las más preciadas glorias españolas. El monumento es una fuente coronada por el busto de Santo Domingo. El coste de todo ha salido por más de quince mil pesetas. No podemos menos de felicitar al digno Ayuntamiento de Caleruega y de congratularnos por la exaltación de nuestro Padre, á quien de corazón rogamos que haga correr por nosotros las fuentes de la divina gracia.

¡A que no vuelve!...—Este año pasado por el verano nos dió *El Liberal* de Madrid una noticia de esas que suelen agradar mucho acierto público, por la razón de que dan mucho que hablar y que decir de los frailes. La sustancia era que un fraile capuchino se había fugado con una señorita, María Josefa Muso, de Totana (Murcia). La noticia era gorda y sensacional. Pero á los pocos días el periódico se desdijo, afirmando que todo era mentira, que no se había informado bien y que por eso..., en fin, que nada de lo dicho. Pero lo escrito, escrito estaba, y el padre de la señorita pidió que se reparase el daño causado á su hija. Se acudió á los tribunales, demandando al Director de *El Liberal*, Sr. Alfredo Vincenti, diputado á Cortes nada menos. Pensó Vincenti que por ser diputado se iba á reír de todo el mundo; pero se equivocó lastimosamente, porque el Juzgado primero y después la Audiencia á petición del defensor de la señorita calumniada, del Sr. Lacierva, condenó al Director de *El Liberal* y subsidiariamente á el *trust* de que aquel periódico forma parte á pagar las costas del juicio y una indemnización de *ciento cincuenta mil pesetas* á la señorita ultrajada. ¡Qué lástima no le hubiera dado el fraile calumniado otro pellizco de ciento cincuenta mil pesetas!... Al fraile le volverán á calumniar, pero á María Josefa Muso apuesto cualquier cosa á que no, aunque se halle *El Liberal* sin noticias sensacionales, de esas que se papan, como verdades de fe, muchos cristianos, hasta de los pueblos, sin discernimiento. Así se explica esa atmósfera que se vá formando contra los curas, los frailes y contra la Religión. Ningún católico debiera leer periódicos, sin consultarlo antes con el cura, ó el confesor, ó con alguna otra persona entendida y de probidad.

A la Pilarica.—Se está organizando con asombrosa actividad en Zaragoza y demás provincias españolas una peregrinación á la

Virgen del Pilar, peregrinación que promete ser muy sonada. El día señalado es el 20 de Mayo de esta primavera. El Excmo. Sr. Arzobispo ha prometido toda su ayuda; se gestionará con las compañías ferroviarias para obtener todas las ventajas posibles en favor de los peregrinos. Se nota mucho fervor en España, pues, como apuntamos en nuestra última crónica, de Barcelona saldrá también otra peregrinación á Tierra Santa, hacia mediados de Mayo. Lo cual alegra mucho el corazón.

Nuestras vocaciones.—A pesar de lo que se persigue á las Ordenes religiosas, el espíritu religioso se muestra cada vez más pujante, y abundan más las vocaciones. Prueba de ello es que los Dominicos tenemos en la Escuela Apostólica de Corias (Asturias) más de cuarenta alumnos, y en la de Caleruega también hay bastantes, si bien no tantos como en Corias. Todos estos jóvenes que hoy se forman serán el día de mañana campeones de la Religión, y quizás mártires de la fe. Si hay niños con deseos de ingresar en dicha Escuela Apostólica, pueden dirigirse al Superior del Colegio de Corias-Cangas de Tineo-Asturias.

Internuncio á Méjico.—Su Santidad Pío X ha nombrado para Internuncio de Méjico al Ilmo. Sr. Obispo de Rovigo, el dominico P. Boggiani. Con este son tres los dominicos actualmente empleados en la diplomacia pontificia. A saber: Monseñor Scapardini, Delegado en Perú, Bolivia y Ecuador; Monseñor Frűwirt, Nuncio en Baviera y el Reverendísimo P. Boggiani, á quien, al tiempo que enviamos nuestra enhorabuena, le deseamos felicísimo éxito en el alto cargo á que le ha destinado el Sumo Pontífice.

A última hora.—Nos han comunicado que la inauguración solemne del Olivar se llevará á efecto el día de las *Candelas*. Irán al acto los Padres más caracterizados de la Provincia, y entre ellos nuestro M. R. P. Prior. Por la mañana habrá Misa á toda orquesta. Después se obsequiará al distinguido público madrileño invitado á la función; figurando como principales las Autoridades de la Corte. La aristocracia madrileña deseaba vivamente el pronto establecimiento de los Dominicos en el Olivar (Cañizares, 10), por ser un punto muy céntrico y muy favorito de las personas de rango. En adelante quedará el Olivar abierto al culto, estando al frente veinticinco ó treinta Padres, y siendo la residencia ordinaria del Provincial de España. Enviamos la más cordial felicitación á nuestro muy R. P. Provincial, P. Sacrest, por haber dado tan pronto coronamiento á la gran obra del Olivar.

SALAMANCA.—Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.